

JUAN J. PAZ Y MIÑO CEPEDA, **DEUDA HISTÓRICA E HISTORIA INMEDIATA EN AMÉRICA LATINA**, QUITO, ABYA-YALA/THE/ADHILAC, 2004, 119 PP.

Agilizar la historia. Un agilizar que podría también aludirse como despabilizar la labor historiográfica en esta América; un desprezarse de las inercias profesionalizantes y academicistas para estar a la altura que los acontecimientos exigen. Labor tan estimulante es la que cumplen los trabajos reunidos por Juan J. Paz y Miño Cepeda en su libro *Deuda Histórica e Historia Inmediata en América Latina*. Ecuatoriano, Doctor en Historia, Vicepresidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador y profesor en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, al autor le sobran referencias académicas y, por tanto, autoridad profesional para insistir en la necesidad de que la disciplina histórica colabore comprometidamente en el análisis y la comprensión de la coyuntura. Para eso, nada mejor que atender a los dos referentes que constituyen el título de su obra: deuda histórica e historia inmediata. Nadie puede dudar que la perspectiva, la “distancia”, ayuda a la comprensión histórica o, al menos, tranquilizados los ánimos permite apreciar con más calma los hechos. Pero, también es indudable que la demanda por la comprensión del presente a partir del pasado y con vistas al futuro, la demanda por el “sentido” de los acontecimientos en que para bien o para mal se está involucrado, es irrenunciable. “La historia inmediata trata los hechos del presente con fundamentación histórica” (p. 10). Si a eso se añade la noción de deuda histórica, como ampliación y precisión pertinente de la deuda “externa”, “como reivindicación de los países contra las imposiciones externas, pero también de las sociedades latinoamericanas frente a quienes construyeron Estados excluyentes, con minorías que continuaban manejando la hegemonía del poder” (*ídem*), se completa el marco de referencia de las valiosas reflexiones que se articulan en el texto.

Organizado en dos partes: “Deuda histórica e Historia inmediata en América Latina” y “América Latina en nuestra historia”, el volumen recoge tres y cinco trabajos, respectivamente. Los cinco de la segunda parte permiten cubrir el ciclo que va de la Revolución Haitiana (1790) hasta la presuntamente altruista idea actual del “dumping social”, según la cual las grandes potencias estarían preocupadas por la “ventaja comparativa” de América Latina en lo labo-

ral, dada la “baratura de la mano de obra”. Las potencias propician la imposición de sanciones comerciales a los países que no respetan derechos laborales y sociales e impulsan un verdadero “*dumping* social”, dado que se aprovechan de la ventaja comparativa que brinda la baratura “originada históricamente desde la época de la colonización ibérica [y que] se ha concretado en nuestros días en salarios bajos para los trabajadores (en Ecuador escandalosamente ínfimos), incumplimiento de múltiples normas laborales, desprotección práctica de las garantías sociales y desatención efectiva del bienestar humanos para amplios sectores (...)” (pp. 112-113). Frente al doble discurso (y múltiple accionar de las grandes potencias y al cinismo descarado de las élites políticas locales) concluye el autor de modo contundente: “La nueva historia de América Latina y particularmente la del Ecuador solo se construirá con dignidad para sus trabajadores cuando se liquide la idea de que la “baratura” de la mano de obra es una “ventaja” comercial y empresarial” (p. 113).

El amplio arco temporal abordado no resulta en un simple recordatorio, si no, más bien, en un cuidadoso revisitar y mostrar la vigencia de procesos que no pueden permanecer en el olvido. Con la agilidad de un buen jugador de fútbol, Juan J. Paz y Miño lo mismo ataca que defiende; se desplaza ágilmente en el tiempo para evidenciar cercanías y conexiones a veces insospechadas. Y el lector se lo agradece, porque entonces la guerra del gas boliviana, el “que se vayan todos” argentino, “el golpe no transmitido” contra el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela e, incluso, la rebelión de estos mismos días que derrocó a Lucio Gutiérrez en el Ecuador se dibujan con cierta claridad, enmarcados en perspectivas temporales adecuadas y en juegos de poder (político, económico, cultural, religioso, etc.) socialmente relevantes y vigentes. A eso ayuda la actitud respetuosa hacia el lector, el cuidado lenguaje accesible sin perder rigor; la mezcla, en suma, del mejor talante académico y del mejor estilo periodístico, seguro de ser un ciudadano más metido en el baile (o jugando el partido sin saber su resultado final) como cualquier otro.

Las tres ponencias incluidas en la primera parte son de 2003 y 2004. En ellas se enfatiza la historia económica como historia inmediata. Se recuerda la Conferencia Mundial sobre el Racismo, realizada en Durban, República Sudafricana, en 2001, cuando por primera vez se planteó la deuda histórica como un reclamo pendiente de compensación a nivel mundial. Se enfatiza el conflicto social como la dimensión inescapable de la historia actual, mal que les pese a los transitólogos. Se caracterizan y enfrentan las modalidades hegemónicas de ejercicio excluyente del poder, que escabullen su naturaleza oligárquica de amplia y consagrada prosapia.

La deuda histórica es interna a favor de las capas desfavorecidas y expoliadas de la población y es externa en un amplio espectro que cubre des-

de la colonización hasta la expansión depredadora del capitalismo. Incluye daño emergente y lucro cesante, deuda ecológica, patrimonios culturales “saqueados, destruidos, trasladados y traficados” (p. 24), propiedad intelectual, propiedad cultural, indígena y ancestral frente a la “biopiratería” y examen de la deuda externa para establecer beneficiarios y responsables de ese saqueo. “La deuda externa queda así deslegitimada, pues hay una exigencia histórica de los pueblos de América Latina, para cobrar la deuda histórica a los responsables del atraso, el saqueo, la pobreza y la inequidad persistentes en la región” (p. 25, subrayado del original).

La historia inmediata es operativa, justamente porque nació en medio de las conmociones sociales. Así lo narra el autor cuando recuerda la masiva movilización del 21 de enero del 2000 contra Jamil Mahuad en Ecuador. Allí mismo estuvo el autor tratando de dar cuenta y de poner su saber histórico al servicio del análisis de la coyuntura. Como de ahí en más la historia de la región se aceleraría, por así decirlo en un tópico muy desgastado, lo importante es que la labor historiográfica pudo aportar en momentos en que se empiezan a ver lucecitas al final del túnel. En momentos en que la organización de la resistencia de las poblaciones de la región empieza a mostrar nuevos modos de hacer política, formas inéditas de participación, exigencias de dignidad impostergables. Eso permite precisar demandas y mostrar los perfiles más álgidos de las luchas actuales. Permite también, y de modo muy pertinente, disponer de un arsenal conceptual y de memoria compartida, la cual sirve como elemento heurístico a la hora de decodificar la “información” que proveen los medios, especialmente las desinformaciones mediante imágenes de la caja idiota. Termina por hacerse muy claro que el concepto de deuda histórica “exige reparaciones, indemnizaciones y compensaciones, deslegitima el cobro de la deuda externa, así como la “flexibilización neoliberal”. Demanda las responsabilidades nacionales e internacionales por la persistente postergación del bienestar humano y del desarrollo económico en América Latina y, ante todo, en el Ecuador” (p. 57, los subrayados son del original).

Cabe añadir, para terminar invitando a la lectura de esta obra que no tiene línea de desperdicio y de la cual se valora su concisión, que desde la reflexión filosófica latinoamericanista se percibe una gran sintonía con estos esfuerzos teóricos y no se puede menos que saludar entusiastamente que la labor de los historiadores se ponga así codo a codo con las exigencias de las grandes mayorías, las cuales mediante su resistencia organizada van construyendo paso a paso una integración autónoma de la región desde el reconocimiento de su dignidad humana más plena.

Horacio Cerutti Guldberg

Santa Úrsula Xitla, Tlalpan, D.F., 23 de abril de 2005

CECILIA ORTIZ, *INDIOS, MILITARES E IMAGINARIOS DE NACIÓN*
EN EL ECUADOR DEL SIGLO XX, QUITO, COLECCIÓN TESIS,
FLACSO/ABYA-YALA, 2006.

Tenemos mucho que agradecer a Cecilia Ortiz. La publicación de su tesis de maestría en Ciencias Políticas pone a disposición del público el primer análisis sistemático de la relación entre el ejército y los indígenas en el siglo XX. De la lectura del texto emerge con claridad la coyuntura que lo explica: ¿qué pasó el 21 de enero del año 2000? ¿Cómo explicarse esa alianza entre indígenas y militares que protagonizó la destitución de Jamil Mahuad y que llevaría a una alianza electoral dos años después? Esta no es la pregunta del libro, pero es evidente que fue la inquietud original que llevó a la autora a ocuparse de un tema tan importante como ignorado.

La pregunta oficial de la investigación está enunciada con claridad en la introducción:

A inicios del siglo XXI los niveles de organización política que registran [los indígenas] los impulsan a eclosionar en la escena pública/política como un actor que ha ganado espacio entre las élites de poder ¿Cuál es la injerencia real de las Fuerzas Armadas en este proceso? Es la pregunta que pretende contestar esta investigación y para responderla se identifican las formas de penetración que consiguen los militares en las sociedades indígenas (p. 15).

Pero el aparato conceptual y las fuentes de investigación para responder a esta ambiciosa pregunta restringen el objetivo práctico. El libro se ocupa del análisis de los “discursos” desde una perspectiva de larga duración. Los discursos, no la historia social que está “detrás” de ellos. El libro no tiene la pretensión de explicar en cada período de su análisis cómo están configuradas las Fuerzas Armadas desde un punto de vista organizativo o de composición social. Tampoco analiza quiénes enuncian los discursos ni su posición dentro de la institución militar. Tampoco estudia las formas concretas que asumieron las prácticas de la relación, por ejemplo, cómo funciona la conscripción agraria o qué pasó con los shuar que participaron en la Guerra del Cenepa o qué efectos tuvieron programas específicos de los militares en las zonas indígenas y cómo se anudaron las alianzas a partir de esas experiencias. No. Se trata de un análisis de los “discursos” y toda investigación debe ser juzgada en el marco de sus propios propósitos y de los límites que se impuso.

Aparte de las investigaciones existentes,¹ la autora recurre a tres fuentes de información: publicaciones oficiales de las Fuerzas Armadas, monografías de los militares que estudiaron en el Instituto de Altos Estudios Nacionales, IAEN y que se ocuparon del tema y una serie de tres entrevistas a altos oficiales retirados del ejército. Aunque el tema de la investigación es la interacción entre indígenas y militares, el énfasis del trabajo es ante todo la actitud desde el costado militar. No hay ninguna entrevista a dirigentes indígenas ni un análisis específico de documentos oficiales de las organizaciones étnicas sobre este tema. Es comprensible: se trata del aspecto menos estudiado de la relación. El tema se acota más: se trata del análisis de los discursos “militares” sobre los indios y su relación con la construcción de la nación.²

¿Cuál es la tesis principal del libro? Ningún resumen breve puede hacer plena justicia a un texto de 250 páginas, pero eso es lo que intenta toda reseña. En esencia Cecilia Ortiz nos dice que esta última alianza política del cambio de siglo no es casual. Detrás de sus aparentes contradicciones y distanciamientos, existe un sustrato común y una coincidencia básica entre indígenas y militares. Los militares han sido artífices hegemónicos del proyecto de modernización social del país en el siglo XX, especialmente en su segunda mitad, aunque las líneas maestras de este proyecto fueron diseñadas en la primera mitad del siglo (es el tema del capítulo 3). No solo eso, sino que el proyecto modernizador se articula alrededor de una idea de la nación unitaria y relativamente homogénea. Para este proyecto, los indios debían “integrarse”. Los indios, por su parte, cuando tuvieron voz propia, también exigieron la integración. Estaban de acuerdo con “integrarse”, comulgaban con el ideario de la modernización integradora, a pesar de que la reivindicación de 1990 de entender al país como “plurinacional” generó distanciamientos iniciales, hasta que los militares se dieron cuenta que era solo un problema “semántico”. La autonomía, autodeterminación y territorialidad que exigían los indígenas en los primeros años noventa, parecían opuestos a la unidad y fortaleza de la Nación que imaginaban los militares. Pero la actitud shuar en el Cenepa y otras muestras menores de lealtad a la patria, terminaron por convencer a los militares de que no había tal amenaza a la integridad nacional (es el tema de los capítulos 4 y 5).

No se trata solo de una coincidencia doctrinaria. En los hechos, el apoyo de los militares al proceso organizativo práctico de los indios, aunque notable según la autora, es poco reconocido. Tanto en el servicio militar obli-

1. Entre las que destaca una tesis no publicada de Fidel Falconí que puede considerarse, tal vez, como el estudio pionero de esta temática.

2. Incluso el capítulo IV, destinado a examinar “la respuesta indígena”, sigue, en realidad, dedicada a las políticas de “los otros” frente a los indígenas.

gatorio como en los múltiples programas de desarrollo y en las actividades de extensión educativa o de salud en las comunidades, los militares promovieron la organización autónoma de los indios a lo largo de todo el siglo. Las organizaciones étnicas deben más a los militares de lo que usualmente se reconoce. E incluso, la influencia militar se extiende hasta haber brindado un significativo aporte en la conformación de una cultura política patrimonialista (es decir, pensar que el Estado les pertenece).³

Esta es la base histórica profunda de una alianza política que ganó cierta formalidad y visibilidad pública el 21 de enero del año 2000. ¿Qué pensar de esta tesis? Aunque el argumento es sugerente y polémico, algunos problemas heurísticos del trabajo hacen que las evidencias en las que se apoya no siempre resulten convincentes. Cuando la autora opta por tratar a los militares no como un cuerpo social atravesado por las fracturas de la sociedad, sino como una “institución corporativa con intereses particulares” (pp. 28-36), tiende a privilegiar los factores de unidad en el discurso por sobre los factores de diferencia. Eso se nota en todo el análisis y supone sesgos determinados sobre sus conclusiones. El más relevante de esos sesgos es que su principal fuente de estudio, las monografías de militares del IAEN, no son estudiadas como expresión de grupos específicos dentro de la institución, sino como manifestación de la opinión del grupo corporativo entero. Pero, ¿no es razonable pensar que esos estudiantes interesados en investigar a los indígenas y sus organizaciones son tal vez parte de grupos de oficiales de mayor simpatía con la causa indígena? ¿O, cuando menos, los más sensibilizados por sus problemas y su exclusión? El libro no tiene ni una sola línea de análisis sobre quiénes son estos estudiantes, de dónde vienen (¿son costeños, serranos, de qué edad, qué hicieron después?) y cómo podrían explicarse sus opiniones. Me parece que el estudio de Ortiz destaca bien los aspectos de identidad corporativa de la institución cuando insiste en el discurso de la patria, la fortaleza de la nación, la lucha contra sus enemigos externos e internos y el esfuerzo de modernización, pero es más difícil de aceptar que ese mismo espíritu corporativo sirva eficientemente para de-

3. En un artículo reciente escrito a partir de su tesis, Cecilia Ortiz expone este argumento de manera muy directa: “La fuerte influencia del corporativismo militar en el proceso de integración indígena a la sociedad nacional permite en Ecuador la constitución de un proyecto nacional enunciado desde las élites indígenas, que en esencia no se aleja de la propuesta militar, imbuida de patrimonialismo, clientelismo y populismo (...) El resultado que dejan los hechos del 21 de enero de 2000 muestran que, si bien en un momento dado la propuesta indígena aparece como alternativa con un nuevo modelo de hacer política; este objetivo no logra plasmarse en la realidad en la medida que los indígenas comparten una misma matriz en su cultura política con el resto de élites de poder”. Ver “La influencia militar en la construcción política del indio ecuatoriano en el siglo XX”, en *Íconos. Revista de ciencias sociales*, No. 26, septiembre, 2006.

finir posiciones unitarias (“de cuerpo”) respecto al manejo de las demandas étnicas, de sus reivindicaciones, sus cuestionamientos y sus posiciones políticas contingentes. Las diferenciaciones internas debieron ser mucho más marcadas.

Otro ejemplo de un sesgo posible en las conclusiones inducido por el tipo de fuentes usadas es que puede razonablemente suponerse una tendencia a sobrevalorar el papel de los militares en el proceso de organización indígena. Además, para probar la coincidencia plena le hace falta el análisis del discurso de las organizaciones indígenas, que, como vimos, está ausente del estudio. La autora muestra más bien cómo los militares tuvieron que hacer un esfuerzo para adaptar la reivindicación de la plurinacionalidad a su propia noción de nación unitaria y que lo han hecho con dificultades y ambivalencias (el testimonio del general J. Gallardo sobre el mestizaje es ilustrativo al respecto, p. 209). Por otra parte, no se comparan los discursos étnicos sobre el “desarrollo” o la “modernización” con los discursos militares, a pesar de que es posible que en ese plano (más que en el de la concepción de la nación) haya más coincidencias entre ambos grupos de actores.

En síntesis, la falta de un suficiente análisis de las fuentes, que es el que permite vincular el análisis del discurso (el marco conceptual de la autora) con la historia social de los militares (que está excluida en la investigación), es tal vez el aspecto que mayores dudas deja sobre la verosimilitud del argumento central del trabajo. Puesto que la autora “deja hablar” muy poco a las fuentes; es decir, transcribe pocas citas textuales, especialmente en los capítulos medulares del argumento central (el 4 y el 5), no siempre se puede juzgar con claridad qué corresponde a la fuente, qué corresponde a la interpretación de la autora y, sobre todo, qué debe analizarse como parte del “discurso” militar y qué puede considerarse como evidencias de “prácticas” en la relación entre los indígenas y el ejército.

Justamente para suscitar discusiones y debates como éstos es que se escribe un buen trabajo académico. Suficientes méritos tiene Cecilia Ortiz al abrir un campo de investigaciones nuevo y difícil de desbrozar por el secreto propio de la institución armada. Sobre todo, al margen de las críticas que hago, arroja importantes luces sobre un lugar oscuro que sabemos importante.

Pablo Ospina Peralta

Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador

